

CRÓNICA GALEANA LA DIVERSIDAD Y EL AMOR PERRUNO

Escrito Por: Adriana Rosa Rojas Carrillo

En diferentes momentos de la vida a uno le preguntan ¿para usted qué es el amor? y aunque una como mujer ha estado permeada por el amor romántico, o por lo menos ese era mi caso, asociaba la respuesta al “sentir mariposas en el estómago”, sin embargo, hasta el momento, no me había detenido a pensar sobre lo valioso de considerar por ejemplo el sentimiento del amor a todo lo sintiente, a un animalito, a aquello que nos rodea, que respira y que es compañía en muchos momentos de la vida. Hace como 10 años, al regresar de Bogotá, a la casa familiar fue todo un proceso de duelo contenido entre las pérdidas que en ese momento pasaba, con el hecho de empezar de cero nuevamente en un lugar llamado Jamundí en la Ciudadela Terranova y tal vez lejos de todo lo anhelado para mí en ese momento.

Recordar ese tiempo, es como ver una película en cámara lenta, con voces pesadas como el diálogo en “Cetáceo” del personaje Dory de la película “Buscando a Nemo”, porque como en esa escena, tal vez era la forma en la que veía y escuchaba todo lo que giraba a mi alrededor, iniciando con el carrito del transporte público dando la vuelta por la ciudadela para ir al centro de Jamundí, que en un carro normal tardaría 10 minutos, pero en éste vehículo eran más de 30 minutos en él, hecho que aún sigue ocurriendo y que ya hace parte de mi cotidianidad.

El pueblo, el ruido, la tranquilidad casi inerte de las personas de este lugar, donde todo puede esperar y se hace célebre la frase “tranquilízate ve”, contrastado con el ritmo de vida que tuve en la capital, era totalmente un descubrir diferente para mí, que aunque yo me había criado en Cali, no había vivido en un pueblo nunca y menos en uno tan particular como este, Jamundí es un lugar tan bello como desordenado, se mezcla de colores y diversidades, entre lo normativo y la corrupción, pero también entre lo más cálido de lo humano y la realidad de su gente emprendedora.

En ese tiempo, conocí muchas personas maravillosas, que me enseñaron a descubrir nuevas posibilidades, de comprender el mundo y despojándose de esos sentimientos ciudadanos de superioridad, esos elementos fueron poco a poco calando en mí forma de ver la vida, aprendí a valorar la sencillez de las conversaciones, lo soleado del clima y la tranquilidad de las personas, es decir poco a poco empecé a caminar y a no correr como lo hacía en Bogotá cuando iba a coger el Transmilenio.

Posteriormente, fue gracioso cuando inicié a estudiar una carrera Tecnológica en el SENA en el 2011, donde conocí personas que eran oriundas de Puerto Tejada, reconocí en ellos, personas tan alegres, que ningún día era aburridor, su recocha, su forma de interactuar con la vida, sus costumbres y hasta su forma de hablar, hacía que en ocasiones en ese curso los “caleños” los excluyeran de los grupos de trabajo, precisamente por considerarlos malos académicamente hablando, al llegar a ese salón, donde ya habían cursado un mes de clases, también pasé por el mismo proceso de exclusión por ser considerada “diferente” “la nueva” y además “rola”, lo cual fue motivo de burla constante, sin embargo, llegué en un momento clave y descubrí la grandeza de estas personas, esos “los del puerto” que nadie daba un peso por ellos, me acogieron como una más de su grupo de estudio.

Aquellos seres humanos María Fernanda, Angie y Ronald que hoy en día, son buenos trabajadores en empresas industriales y que ya han empezado a cursar estudios profesionales en universidades reconocidas, hicieron grandiosa esta parte de mi vida, que estuvo llena de música, de salsa choque y de esa afrocolombianidad, que me permitió conocer sus costumbres, convirtiéndose en cómplices y haciéndome parte de su grupo, que lo sentía más como una familia, razones que me hicieron comprender la diversidad y que abrirse a esa diversidad es lo mejor que le puede pasar a uno.

Por esos tiempos, también mi gran compañía era mi perrita Mona, ese ser tan tímido y dulce, que me inspiró a escribir ésta crónica, ya que hace 10 años fueron sus últimos ladridos de vida en este mundo, aún le doy gracias al universo, de haber tenido la fortuna de tenerla a mi lado, al menos despedirme de ella fue un regalo de la vida, era mi amiga perruna, que me acompañaba al hacer las tareas del curso, se dormía conmigo y me daba besitos en la oreja.

Este personaje perruno, tenía unos ojitos miel, era peludita rizada de color amarillito cremita, con patitas largas, muy asustadiza, hasta el día de hoy no comprendo lo que le sucedió, pero lo que si recuerdo es que hice todo lo posible por salvarla, talvez en un descuido al salir a la calle la envenenaron o alguna infección y un mal procedimiento veterinario, no permitieron dejarla con vida, sólo diré que la amé con todo mi corazón, y al irse, dolió como la partida de un hijita, aunque no he tenido aún un hijo o una hija, pero imagino que puede acercarse un poquito al dolor experimentado ante la pérdida, aún en este momento, al escribir sobre ella todavía sollozan mis ojos.

A raíz de ello, agradezco a las chicas y chicos del puerto por ser el apoyo durante ese duelo, recuerdo que me abrazaron mucho durante ese tiempo en que mi Monita se fue, me decían –que pecaito la Adri, llorando por su perrita – y acto seguido hacían cualquier tontería o recocha para subirme el ánimo, lo que me hacía sentir mejor, “Mona” fue mi perrita cariñosa, y si vuelvo a la pregunta inicial que me motivó a hacer ésta crónica, sobre qué es el amor, diría que es la posibilidad de hacer el mundo un lugar mejor en colectivo, no importa a quién o a qué, porque ella fue mi amor perruno de ese tiempo y al recordarla, también pude revivir esos eventos de mi vida maravillosos, como el hecho de conocer a las personas del “Puerto”, lo que me reconforta, porque al igual que mi monita esos seres humanos dejaron una huella invaluable en mí corazón que conservó hasta el día de hoy.